

De la autora de *Ríndete*, Carolina



¿Quién eres?  
Cristina?

ROSARIO *tey*



## PRÓLOGO

### *Raúl*

**L**o nuestro se fracturó. Y lo supe cuando sentí cómo algo se resquebrajaba dentro de mí y una multitud de emociones contradictorias batallaban en mi cerebro. Me negaba a admitir que lo que pudiera quedar de lo vivido fuera solo odio. Sin embargo, no encontré otro modo de definir el sentimiento primitivo y escabroso que se agitaba en mi interior. Aquella reacción ajena a cualquier precepto de compasión.

Todo se había derrumbado. Supuse que era de esa manera como se atravesaba la delgada línea que separaba el amor del odio. Así de sencillo, la pasión convertida en tiniebla barría cuanto construimos.

Me costaba creer que había llegado el final, pero tenía que aceptarlo...

Sentado en el sillón de piel negra de mi despacho, no hacía más que contar los minutos.

De un momento a otro, ella entraría y volvería a verla de nuevo. Veintiún días eran demasiados. Me odiaba a mí mismo. Sí, era justo lo que sentía. Me odiaba por no controlar el nudo de sensaciones que se revolvía en mi estómago.

¡Maldito gilipollas!

Miré mi reloj digital. El mismo que me regaló un año por mi cumpleaños, y me di cuenta de lo mucho que había confiado en esa mujer... La rabia martilleaba mis pulmones, tanto que no sabía cómo hacer para disimular lo jodido que me encontraba.

Intenté concentrarme en los contratos que estaban encima de mi mesa. Tenía que repararlos, corregir algunas cláusulas y enviarlos firmados. La situación actual de mi empresa no era la mejor y flaquear no iba a allanarme el terreno. Suspiré y abrí el primer cajón de mi archivador para guardar algunos documentos, y entonces vi la carta. La hallé entre sus cosas la tarde que decidí marcharme de mi casa. Ella todavía la conservaba...

De no haber escrito aquellas palabras, todo habría sido muy distinto.

De repente, esa noche volvió a mi cabeza...

La noche en un bar de Cádiz, varios años atrás, cuando aún estaba embarazada y pretendía darme celos con su amigo Javi. Sonreí amargamente. No debí entrar en su juego. Pero lo hice.

¡Qué imbécil!

Creí romperme cuando atisbé cómo él ponía sus manos sobre su trasero, cuando acarició su vientre como si esa criatura fuese suya...

Estaba furioso por su mentira. Habría sido más fácil si me hubiese contado la verdad desde el principio. Pero ella se tomó la libertad de dirigir la situación como le vino en gana y me ocultó que, en realidad, ese bebé no era mío. Me volví loco. ¿Qué otra cosa podía hacer si solo con verla supe que nada tendría sentido si no era con ella?

Me sentí traicionado. Pensaba que haríamos las cosas según las habíamos planeado. Pero saber la verdad..., me destrozó.

Yo no era el padre.

La abandoné. La eché de mi casa, cuando hacía tan solo unas semanas que se había instalado allí. Perdí los nervios y le grité que desapareciera de mi vida. Que no pasaría el resto de mis días con alguien que comienza una relación con una sucia mentira.

Sin embargo, aquella noche, unos tres meses después de nuestra primera ruptura, volví a verla. Y fue justo en ese trance en el que decides hacer un esfuerzo y continuar. En ese en el que sentencias que ya es hora de pasar página.

Pensé que si salía con otra chica quizá lograría arrancármela del pensamiento, y solo de ese modo conseguiría dormir algunas horas sin que su perfecto rostro y el olor de su cuerpo en mis blancas sábanas me atormentaran. Pero, al parecer, ella se había adelantado...

Hasta ese instante no supe que lo que más daño me hacía era no tenerla. No podía irme de ese bar y dejarla allí con ese tipo. Y mucho menos después de saber que el bebé era una niña.

¡Joder, una niña! Y él lo sabía antes que yo.

Me comporté como un idiota, la situación me trastornó y acabé en el calabozo de la comisaría casi toda la noche, tras pegarle al enano de su novio, que luego resultó ser su mejor amigo, gay, y enfrentarme a uno de los policías que pretendía sacarme del local.

Más tarde, cuando la soledad y la melancolía de los barrotes me inundaron, comprendí que todos los esfuerzos por quitármela de la cabeza no serían suficientes. Así que llamé a uno de los agentes que hacía guardia y le pedí papel y boli. Al principio se negó. Era un chico joven. Serra, le llamaban. No tardé mucho en convencerlo. Me pasé al menos dos horas hablándole de ella. Creo que se apiadó de mi desesperación y, finalmente, terminó entregándome lo que yo le solicitaba.

—Tío, escribe exactamente lo mismo que acabas de decirme. Eso sí, te advierto que estás muy jodido.

Se dio media vuelta y me dejó intimidad para poder expresarme.

Una carta, maldita sea. ¿Cómo cojones iba a enviarle una carta?! La última vez que escribí una había sido con diez años. No obstante, sabía que era de la única forma que podía decirle lo que sentía. De otro modo, no me habría escuchado tras el tremendo espectáculo que armé en ese bar.

Antes de deslizar la tinta por el papel, en mi pensamiento tres palabras se repetían sin cesar: era una niña...

Luego, dejé mi piel en cada letra, en cada sílaba.

*Cristina, siento mucho que haya sido el tiempo el que me obligara a comprender que cuando me enamoré de ti, lo hice en toda su inmensidad.*

*Cuando te conocí no tenía ni idea de que una criatura crecía en tu interior, sin embargo, eso no impidió que cayera rendido a tus pies. Es más, creo que esa fue la razón que me llevó hasta ti. No fuiste solamente tú. Ahora lo sé. Fui hechizado por el embrujo de dos mujeres. Seducido por dos seres extraordinarios: tú y aquella que crece dentro de ti. Alguna extraña fuerza de la naturaleza me arrastró a vosotras, y mi corazón me dice que será para siempre.*

*Fue una enorme decepción saber que yo no era el padre de esa criatura, no obstante, fuiste tú la que decidiste que yo viviera junto a ella. Me elegiste a mí para ayudarte a criar a tu bebé. Hiciste planes conmigo. Me hiciste partícipe de un proyecto tan importante y exactamente, eso, era lo que yo quería.*

*Perdóname por alejarte de mi vida. Perdóname por no entenderlo en aquel momento.*

*Ella está dentro de ti, Cristina, no me importa cómo llegó allí. Solo sé que es mía. Tú eres mía, por lo tanto, ella también. Tu corazón me pertenece. Estos meses no han sido un espejismo. Han sido reales. Tú y yo tenemos algo único, algo mágico..., algo fascinante.*

*No voy a rendirme. No voy a dejar que te alejes de mí. Ahora sé que ambas me pertenecéis. Ahora sé que ambas sois mías. Jamás he estado tan convencido de algo.*

*Tú, ella y yo. Así debe ser.*

*Por favor, perdóname, olvida que he sido un necio y un miserable. Déjame demostrarte que vuestra felicidad es mi único cometido. Haré lo que me pidas, suplicaré con tal de que vuelvas a mí.*

*Te necesito, Cris. Os necesito. Estoy perdido sin vosotras.*

*Perdóname.*

*Raúl*

Siete años después, sostenía entre mis dedos ese papel, maldiciendo una y otra vez mi suerte. Y aun así, embebiéndome de cada línea.

¿Cómo pude ser tan estúpido y pensar que podríamos vivir con esa mentira?

La rompí en pedazos y arrojé los trozos a la papelera. Ella pronto llegaría y tenía que entender que, a partir de ese instante, haríamos las cosas a mi manera.

Todo había cambiado.

Yo había cambiado...

Y ya nada volvería a ser como era.

## Parte 1

El pasado es un prólogo.  
(William Shakespeare)

El ayer está hecho. El mañana nunca llega. El hoy está aquí. Si no sabes qué hacer,  
quédate quieto y escucha.  
(Carl Sandburg)

Todos en la vida tenemos un antes y un después...

## UN AMOR, UN CORAZÓN

**E**l aroma a agua salada, la suave y cálida brisa, el murmullo de las risas de mis amigas perdiéndose en la inmensidad de la playa y la melódica voz de Bob Marley abanderando la banda sonora del momento, fueron parte de los recuerdos de aquella primera vez.

Ni siquiera me di cuenta de que se había acercado a nuestra mesa hasta que lo tuve delante, con su metro ochenta de altura, con su revuelto cabello castaño y con aquellos provocadores ojos de los que jamás supe descifrar exactamente el color. Eran de una extraña mezcla entre gris y azul. Tan extraños como la intrigante y contemplativa luna que nos acechaba. No obstante, el color era lo de menos..., lo más atrayente y embriagador de su bonito y aniñado rostro era su mirada enloquecedora y sensual. Supe al instante que jamás podría ignorarla.

—Hola, ¿podría sentarme con vosotras? Mis amigos son muy aburridos y, al parecer, vosotras os lo estáis pasando muy bien. Por cierto, soy Raúl —dijo con una voz tremendamente masculina.

Asentí y mi boca me traicionó curvándose y reprimiendo una sonrisa.

—Claro, Raúl, siéntate —respondió mi amiga Raquel antes de que yo dijera nada, indicándole que lo hiciera en el asiento continuo al mío. Era obvio que mostraba interés por mí.

En esa mesa estábamos Marta y Raquel, mis amigas, y mi hermana Carolina. Él se había acercado hasta allí sin dejar de observarme, como si quisiera anunciarnos a todas que su presa era yo. Lo cual me resultó terriblemente excitante.

Lo observé de cerca y era incluso más guapo. Dientes blancos y alineados. Casi perfectos. Una mandíbula no excesivamente cuadrada y recubierta de vello oscuro...No era una belleza novelesca. Pero sí lo suficientemente atractivo como para distraerme de todo lo demás. Me recordó a ese modelo estadounidense que había sido imagen de Dolce & Gabbana: Noah Mills, y que tanto me gustaba. Solo que Raúl tenía los ojos más claros que ese joven y, por suerte para mí, parecía bastante interesado en quedarse con nosotras.

Esa noche no tenía pensado conocer a ningún chico, de hecho, era lo último que me apetecía. Acababa de regresar de Ámsterdam, prácticamente huyendo de un tortuoso desierto sentimental, pero ver a Raúl trastocó mis planes. Pensaba que tal vez unos meses en Cádiz, con mi hermana, me vendrían bien para reponerme de la decepción de que Marcus, mi error sentimental, estuviera casado. Mi idea era alejarme por un tiempo.

Él era mi jefe en la revista para la que estaba trabajando como fotógrafa en esos momentos. Ansiaba olvidarlo y convencerme de que podíamos trabajar juntos, sin necesidad de mezclarlo con el placer. Pero lo último que quería era confundirme otra vez. Sin embargo, ver a Raúl fue como una bocanada de aire fresco. Me pareció tan sexi y divertido que no pude evitar sentirme atraída por él al instante.

—¿Sueles hacer esto siempre? —le pregunté con descaro cuando se hubo acomodado a mi lado.

—¿El qué? —quiso saber con divertida curiosidad.

—Pues esto: asaltar una mesa con cuatro mujeres y con una frase tan simple y manida como esa.

—¿Te ha parecido simple?

Marta y Raquel nos miraban risueñas mientras él y yo dialogábamos. Carolina parecía tener la cabeza en otra parte. Concretamente en el hermano de su ex que, de pura casualidad, se encontraba en el grupo de amigos de Raúl, conversando con otros chicos.

—Sí —respondí, ocultando una sonrisilla—. Poco original —puntalicé.

Parpadeó un par de veces, apoyó un codo en la mesa y se pasó el pulgar por la barbilla, analizando mi expresión.

—Entonces, según tú, ¿qué debe decir un hombre para entablar conversación con una mujer que le interesa?

—No lo sé, sencillamente algo original.

—Eso no me ayuda. Necesito alguna pista. —Se giró hacia Marta y Raquel en busca de apoyo y, de pronto, se dio cuenta de que Carolina miraba fijamente a uno de sus amigos.

—Veo que no paras de observar a mi amigo Héctor. Espera, te lo presento. ¡Héctor!

Mi hermana me miró pidiéndome auxilio en silencio. Estaba segura de que Carolina no tenía ninguna gana de encontrarse aquella noche con el hermano de su ex. Aunque, a decir verdad, ese no era un excuñado normal y corriente. Era una bendición para la vista.

Al cabo de unos minutos, después de que Héctor se uniera a nuestra mesa y él y mi hermana se fundieran en una interesante conversación, Marta y Raquel optaron por dialogar entre ellas. Mientras tanto, Raúl bromeaba conmigo.

—Está bien, sigamos con la lección.

—¿Qué lección? —dije moviendo sensualmente el sorbete de mi mojito.

—Me estabas enseñando a ligar. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí!, por el principio. Chico conoce chica; qué es lo primero que debe decir. Según tú algo original. Por favor, ¿podrías ponerme un ejemplo? —pidió con sus rosados y apetecibles labios en tensión para no reírse. Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y se acomodó en la silla, esperando mi respuesta.

—Un ejemplo..., así que necesitas un ejemplo..., pues... no lo sé, podrías haberte acercado a nuestra mesa y preguntarle a mi amiga Raquel si ese color de pelo es natural o teñido.

Soltó una carcajada. Y... Dios, su risa me caló la piel.

—¿Y eso te parece original?

—Sí, habría dicho mucho de tu personalidad. Probablemente significaría que eres un hombre atento que se preocupa por el color de pelo de su pareja. Eso es algo que a las mujeres nos gusta. Nos satisface ir a la peluquería y que después de dejarnos una pasta en mechas y tintes, nuestra pareja se dé cuenta del cambio.

Obviamente estaba bromeando...

—¿Quieres decir entonces que la primera intervención tiene que reflejar algo de uno mismo?

—Más o menos —afirmé dándole un sorbo a mi copa.

—Pero esa pregunta es arriesgada. Quizá ella se enfade porque cuestione el color de su cabello.

—¿Crees que una chica que se hace esas cosas en la cabeza se va a enfadar porque quieras hablar de su pelo? —consideré, señalando a Raquel que conversaba con Marta, ajena a nosotros, y le mostraba algo en su teléfono móvil.

Mi amiga era una de esas mujeres que no temía a la peluquería. De hecho, aparecía cada semana con un peinado diferente.

—Vale, creo que lo he pillado. Hagamos una prueba —propuso él, apoyando los brazos sobre la mesa y acercándose aún más a mí. En ese instante, su rodilla se rozó con la mía y una corriente eléctrica me paralizó.

—De acuerdo.

Carraspeó un poco, adrede, haciendo como si estuviera ensayando una escena, y luego pasó su bonita mirada de mis labios a mis ojos.

—¿Ese tono de labios es natural o los llevas pintados? —interrogó, acercando ligeramente su cara a la mía.

Sonreí ante su pregunta.

—Es un *gloss* labial.

—No me lo creo. Creo que es tu color. Es imposible que un lápiz de labios consiga ese efecto.

Esto último lo dijo exagerando y dándose de entendido, moviendo los dedos y señalando mi boca.

—Te equivocas, es de la marca L'Oreal y, precisamente, ese es el efecto que consigue.

Chasqueó la lengua, como si mi explicación no le sirviera de nada y planteó:

—Solo hay una manera de saber si ese color es natural o los llevas pintados.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunté siguiéndole el juego, que a esas alturas ya me fascinaba.

—Tendría que besarte, solo que suelo ser muy tímido para esas cosas y esperaré a que seas tú quien acabe suplicándome que lo haga.

Miré sus labios y de pronto sentí la irrefrenable necesidad de devorarlos... Me acerqué a su oído y su masculino perfume se mezcló con la ligera brisa que corría esa noche, obligándome a aspirarlo, luego le susurré:

—Pues yo no suelo suplicar por un beso, así que me temo que te quedarás con la duda.

—Menos mal, porque no me habría gustado verme en el compromiso de tener que comerte la boca aquí mismo.

Al decir eso, nos quedamos contemplándonos uno al otro durante un largo y tenso silencio. Él alzó una ceja y, al sonreír, un descarado hoyuelo apareció en su mejilla. La presión que sentía bajo mi vientre se intensificó y apreté los muslos con fuerza cuando el deseo me recorrió entera. Era más que evidente que ambos lo estábamos deseando.

Raquel y Marta nos interrumpieron y se levantaron para despedirse. Lo cierto es que no les estábamos haciendo mucho caso. Carolina parecía realmente enfrascada en lo que Héctor le contaba; y yo, desde que Raúl había aparecido, no podía apartar mis ojos de él.

Una vez que se hubieron marchado, él comentó analizando cada uno de los rasgos de mi cara:

—¿Te han dicho alguna vez que pareces india?

Me reí.

—No, como mucho me han dicho que no haga el indio. Mi hermana suele repetírmelo a menudo.

Él sonrió también.

—En serio, me recuerdas a esas mujeres indias americanas. No sé..., tus ojos...

Se acomodó en su asiento y llevó uno de sus codos al respaldo de su silla. Me fijé en su polo negro de manga corta con unas rayas de contraste en el cuello y en sus vaqueros azul marino, donde se ocultaban aquellas largas y probablemente bonitas piernas, y pensé en lo mucho que me gustaba un hombre con gusto para la ropa.

—En realidad, mi verdadero nombre es Pocahontas, aunque para los amigos soy Cristina —dije en un intento de hacerme la graciosa cuando su mirada se volvió más intensa y yo empezaba a ponerme nerviosa.

—Qué va, si hubieras pertenecido a una tribu de esas de apaches o cheyenes, estoy seguro que te habrían llamado algo así como... ojos verdes.

—¿Eso es un piropo?

—Por supuesto —declaró con seguridad.

—Pues... gracias —añadí con un aleteo de pestañas que lo hizo sonreír aún más.

Me quedé cortada.



Mojé los labios en mi copa sin saber qué otra cosa decirle e intenté unirme a la conversación de mi hermana y Héctor. Los observé durante unos segundos y, de repente, me fijé en que hacían muy buena pareja, si no hubiese sido porque Héctor era hermano de Rafa, habría dicho que estaba interesado en ella...

Seguí conversando y bromeando un poco más con Raúl, pero, al cabo de un rato, Carolina comentó que estaba muy cansada y que quería marcharse, lo cual me pareció una idea espantosa. Supuse que se sentía incómoda por Héctor, y asentí sin más.

Al levantarnos, Raúl atrapó mi muñeca y el roce de sus dedos en mi piel hizo que, de nuevo, una descarga eléctrica me sacudiera.

—¿Sería muy poco original que te pidiera tu número de teléfono?

—Depende de para qué lo quieras.

—No es nada personal. Es por si necesito comprar un tinte para mi madre o yo qué sé..., para que me des otra lección sobre cómo ligar con alguna chica. Te habrás fijado que soy muy torpe en esto.

—Bastante —le dije sonriendo y sacando mi móvil del bolso—. Sobre todo en esa parte en la que has intentado impresionarme con tus conocimientos sobre las tribus indias.

Él soltó una carcajada.

—Veía muchas películas del Oeste cuando era niño.

—Sí, ya, se te nota...; anda, apunta —le pedí, haciéndole un gesto hacia su teléfono mientras me seguía deleitando con su bonita sonrisa.

Nos intercambiamos los números y me despedí de él cuando Carolina casi me sacó a empujones de allí.

—Te llamaré, no lo olvides..., ojos verdes. —Fue lo último que oí.

Y claro que no lo olvidaría.